

El mal perdedor

Lis Haley

El mal perdedor

· LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL ·



© Editorial Vestales, 2013

Dirección editorial: M^a Mercedes Pérez

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

*A los mejores compañeros de viaje
que se pueda desear:
el equipo más verde de Palma ciudad.
Gracias a todos por creer en mí.*

Haley, Lis
El mal perdedor, 1.^a ed., Buenos Aires: Vestales, 2013.
288 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-31-2

1. Narrativa española. 2. Novelas románticas. I. Título
CDD E863

ISBN 978-987-1405-31-2

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CAPÍTULO I

Londres, abril de 1869.

EL FUEGO CREPITABA EN EL INTERIOR DE LA CHIMENEA. Las llamas profanaban el lúgubre silencio mientras pugnaban por devorar el leño que momentos antes había arrojado lord Carrington, el último marqués de Stratford, quien balbucía un juramento respecto al húmedo frío que imperaba de noche en Londres. Con las fuertes y largas piernas extendidas frente al calor del hogar, hundido en el respaldo del cómodo sofá orejero de la biblioteca, contemplaba pensativo las llamas que atrapaban y envolvían el tronco con furia e impiedad.

A pesar de estar a fines de abril, el viento, que golpeaba con fuerza las ventanas, se filtraba por los resquicios e inundaba High Hill House de lúgubres y tenebrosos silbidos. Eran las voces de los ancestros, le había dicho su padre en innumerables ocasiones durante la infancia. Alzó la mirada y la clavó en el reloj tipo *bracket* que descansaba sobre la chimenea.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?, se preguntó por enésima vez y deslizó la mirada hasta la copa de cristal tallado que sostenía entre los largos dedos. Con un suave y elegante movimiento de la muñeca hizo girar el brandy en el interior y miró

meditabundo a través del color ambarino, absorbo en el diminuto torbellino que se desvanecía ante sus ojos.

Aproximó la copa hasta los labios, tomó un dilatado sorbo y se abandonó a la agradable sensación de calor e irritación que provocaba el líquido al resbalarle por la garganta.

Una vez más repasó mentalmente la incómoda situación.

Odiaba haber abandonado Norfolk y las numerosas obligaciones que allí lo reclamaban para regresar de manera tan precipitada a Londres: cuestiones de negocios y personales que se habían vuelto perentorias e impostergables. Y él detestaba lo perentorio del mismo modo que detestaba que le impusieran algo. Trataba de no regresar tan seguido a su patria, aunque, inevitablemente, todos los años lo hacía. Solo que esta vez, los negocios habían decidido la fecha.

Las cosas no andaban demasiado bien en Estados Unidos de América. El conflicto armado contra la Confederación había concluido hacía escasos cuatro años, con el escalofriante saldo de trescientos sesenta mil muertos y casi el mismo número de heridos, una atrocidad de la que muchos aún no lograban sobreponerse.

Por fortuna, su flota de barcos no había sido diezmada, pero sí sus plantaciones de algodón y tabaco. Aun así, y pese a las dificultades, en el último año el comercio había recuperado cierto grado de prosperidad y ya se expandían fuera del Nuevo Mundo.

Pese a la aparente tranquilidad, Jacob opinaba que no era el momento adecuado para viajar a Londres o a ningún otro lugar. Sin embargo, cuando su gran amigo, el señor Corey Bradley, le había informado de cierta situación, no había dudado un solo segundo en dejar todos los negocios en las manos del administrador, el señor Powell Patterson, y navegar hasta Londres. A pesar de todo, podía hacer a un lado su disgusto por lo perentorio y entender que, si venía de Corey, un pedido no era una imposi-

ción. Por suerte, las cosas se habían solucionado con rapidez, una vez que él estuvo allí para solucionarlas.

El problema era que, pese a la celeridad en solucionar los temas pendientes, no tenía sentido regresar de inmediato a América, porque, si bien lo había adelantado, tenía que completar el viaje anual a Londres. Odiaba no ser él quien manejara los tiempos, eso era todo.

En realidad, se dijo después de pensarlo mejor, el verdadero problema no habían sido los tiempos, sino esa ciudad prejuiciosa, habitada por una sociedad basada en las apariencias. Un absurdo colectivo de personas donde las damas solteras debían usar vestidos de materiales ligeros e incluso los colores se manipulaban en relación a la edad.

Tales reglas, entre otras muchas, eran para Jacob una soberbia estupidez, una mera forma de enfatizar las diferentes clases sociales y una de las razones por las que siempre había preferido Virginia, donde un hombre, fuese del estatus social que fuese, tenía la posibilidad de hacer fortuna.

En los Estados Unidos de América todo resultaba más sencillo. Y, ante todo, a él gustaba la simplicidad. Si una dama merecía ser adulada, ¿por qué no hacerlo sin más?

Exhaló un fuerte suspiro.

En fin, para bien o para mal, conocía lo que él representaba para los detestables londinenses. Y, sin embargo, pese a su deplorable reputación, la alta sociedad todavía lo aguardaba con los malditos brazos abiertos, a la espera de que cambiara de actitud y decidiera unirse en matrimonio con alguna joven de buena cuna. Eso, mientras aún poseyera título y fortuna, por supuesto.

A pesar del sentimiento de reprobación que le causaba toda esa absurda pantomima, Jacob Carrington sabía que ciertas cosas perentorias e impostergables –incluidas las que una amistad exige– solo se resolvían en Londres. Por lo que, muy cada tanto,

aceptaba, a regañadientes, volver e instalarse en su mansión de las afueras de la ciudad.

Sabía con absoluta certeza que, si bien Bradley pertenecía ahora a tan extravagante colectivo que llamaban “sociedad”, a diferencia de ellos era un hombre de sólidos principios e intachable conducta, resultado de rígida disciplina y perseverancia.

Buena conducta, absoluta cortesía y mejor aspecto. ¿Quién se habría atrevido a pedir más? Nadie; salvo esa maquillada maraña de indeseables. Ningún cúmulo de intachables cualidades habría logrado que la petulante alta sociedad lo viera como a uno más de sus miembros. No, jamás se habrían rebajado a ello. Lo que obró el milagro fue su nada desdeñable fortuna, un acervo de libranzas que había conseguido transformarlo en todo un caballero a los ojos de los londinenses.

Aun así, dada la procedencia de los bienes, en parte obtenidos gracias a las actividades comerciales, en parte de un origen inconfesable, era el blanco de gran cantidad de miradas incómodas por encima del hombro.

A Jacob, le parecían en verdad graciosas las desdeñosas miradas, dado que muchos aristócratas habían dilapidado la herencia en casinos y burdeles de lujo que proliferaban a lo largo y ancho del West End y se encontraban sumidos en la más absoluta de las ruinas, aunque la falta de patrimonio estuviera embellecida por un bonito y rimbombante título. ¿Qué sería de tan orgullosa comunidad de no existir duques, marqueses o condes?

A pesar de todo, los aristocráticos personajes frecuentaban los bailes y eventos, donde pululaban como zánganos en busca de una opulenta flor que los sustentara, una flor con fortuna, aunque carente de sangre noble. Se hundió un poco más en el respaldo del asiento y lanzó un bufido. Nadie podría negar que, rodeado de tanta hipocresía, transformarse en un caballero había sido un gran reto para el señor Bradley. El propio Jacob, de haber estado en su lugar, se habría dado por vencido en muy poco

tiempo. Pero el empeño demostrado por Corey había dado fruto al fin, recapacitó Jacob sin apartar la vista del dorado licor.

Lejos quedaba ya la imagen del rudo hombre de mar que retenía en la mente. Aquella imagen, más que un mero recuerdo, parecía ser una de esas fotografías, tan populares en los últimos tiempos, que hubiera dado paso a un Corey Bradley renacido cual ave fénix de las cenizas, pensó Jacob y sonrió para adentro ante tan absurda idea.

Su amigo se había transformado en un perfecto caballero. Ni él mismo, que poseía un título, lo habría hecho mejor. Aunque, por desgracia, no todo era tan perfecto, dado que Bradley contaba ya con treinta y cinco años, edad más que suficiente para estar casado y con cinco niños a los gritos por los corredores de la casa. Sin embargo, a pesar de los muy voluntariosos esfuerzos, Corey aún no había sido capaz de hallar a una dama a la cual desposar. No, al menos, una adecuada a tan elevadas expectativas.

Jacob no comprendía por qué su amigo no se había decidido por cualquiera de las muchachas londinenses, algunas de ellas verdaderas beldades. Era uno de los caballeros más apuestos de todo Londres y uno de los más acaudalados porque poseía un elevado patrimonio en tierras y propiedades que hacían de él un bocado muy deseable. Deseable para algunas jovencitas en edad casadera y, por supuesto, para las absorbentes e intrigantes madres.

Con ecuanimidad, el marqués reconocía que Bradley contaba con tantas o más oportunidades que cualquier otro caballero que él conociera. Casi tan alto como él mismo, ya que ostentaba aproximadamente un metro ochenta de estatura, exhibía además una seductora sonrisa que solía transformarlo en el centro de atención de cualquier baile o reunión y convertirlo con frecuencia en el blanco de miradas femeninas. Por lo tanto, no se podía pensar que pudiera tener problemas a la hora de elegir entre un amplio abanico de virginales rosas.

Sin embargo, por algún extraño motivo que el marqués no alcanzaba a comprender, tras el largo año que duraba ya el retiro de Corey en Londres, alejado de la vida de lobo de mar que hasta entonces había llevado, aún no se había decidido por ninguna. De todas formas se negaba a darse por vencido. Era demasiado obstinado para eso, y no dudaba un solo momento en encontrar a la esposa perfecta durante la presente temporada.

—La temporada. —Jacob resopló entre dientes con hastío. Durante un segundo evaluó la cuantía de bailes, cenas y fiestas a las que se vería obligado a asistir.

Con un poco de suerte la fama de libertino y juerguista lo precedería para alejarlo de las elaboradas intrigas que entretejían las incómodas celestinas. Además, en lo posible, debería apartarlo de las debutantes de mejillas empolvadas con las que a buen seguro se toparía.

Eso con un poco de suerte, ya que tampoco podía obviar el hecho de que poseer un título, junto a una elevadísima fortuna, hacían de él una más que anhelada conquista. De repente sintió que el nudo del pañuelo que rodeaba el cuello apretaba más que de costumbre. Lo aflojó un poco, carraspeó y tomó un dilatado trago de la copa para humedecer la garganta.

La llamada “temporada” había comenzado hacía escasamente una semana y, aunque no hacía más de dos días que había regresado a Londres, se había llevado una grata sorpresa al advertir que el carácter de su amigo había experimentado un notable cambio. Bradley parecía haber recuperado el habitual optimismo que lo caracterizaba. No paraba de parlotear sobre casamientos, familia y asuntos por el estilo.

Emitió una enérgica exhalación, se deshizo por fin del pañuelo y lo arrojó a continuación sobre el *fauteuil en cabriolet* tapizado en seda brocada que se encontraba a un lado.

Habría sido difícil, por no decir imposible, dejar de notar que, en las tertulias que mantenía con su amigo, aparecía siempre

la mención de una tal señorita Collins: la señorita Collins era magnífica, se trataba de una criatura extraordinaria e infinidad de palabrería romántica por el estilo. Durante esas conversaciones, habría sido inadmisibles imaginar a Corey de nuevo sobre la cubierta de un barco.

Sonrió. Esa señorita Collins debía de ser una dama muy astuta, además de sagaz, para haber logrado atraer la atención de su selectivo amigo con tanto ímpetu, especuló el marqués al tiempo que se inclinaba y apoyaba los antebrazos sobre las rodillas.

Atizó el fuego sin levantarse del asiento; a continuación, se llevó la copa a los labios e ingirió un largo y vigorizante trago.

Con treinta y dos años, estaba tan exhausto que se sentía tres veces más viejo. Durante los últimos seis años había permanecido tanto en tierra firme como en altamar. El comercio del tabaco y el del algodón requerían de sí una dedicación absoluta, viajar en forma constante y transitar innumerables puertos.

A decir verdad comenzaba a creer que el inesperado descanso londinense le vendría bien. Tal vez incluso se planteara la posibilidad de establecerse en forma definitiva, ya fuera en Londres, Norfolk o cualquier otro lugar. Pasó los dedos por el espeso y brillante cabello negro sin mover un solo músculo cuando escuchó que llamaban a la puerta.

Casi de inmediato, Frederick, el leal y devoto mayordomo, penetró en la silenciosa estancia. Las manos veteranas portaban una bandeja plateada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jacob y apartó un instante la mirada del fuego para clavarla en el hombre que acababa de entrar.

El anciano se aproximó, inclinó un tanto el cuerpo y se dirigió a él con calma.

—Es un mensaje. —Carraspeó un par de veces para aclarar la garganta—: un mensaje de lady Harris, milord —le informó el delgado mayordomo y le acercó un poco más la bandeja.

Jacob lanzó un vistazo. Un bonito y perfumado sobre color hueso aguardaba ser abierto. El marqués lo asió por una de las esquinas y lo contempló como, si en lugar de letras, contuviese la mismísima peste. Por un instante, arrugó nariz y ceño al mismo tiempo. El aroma que despedía el trozo de papel, plegado sobre sí mismo con primor, era tan increíblemente penetrante que tuvo la absoluta certeza de que, si había algo en lo que la bella Victoria escatimaba, no sería en perfume, ya que la carta, más que emanar,apestaba.

—Gracias, Frederick. Puedes dejarla sobre la mesa y retirarte —le indicó, antes de dejar caer el sobre de nuevo en la bandeja.

El mayordomo obedeció, tal como había hecho siempre. Con la habitual tranquilidad que lo caracterizaba y la elegante lentitud que otorgaba a todos sus movimientos, depositó con suavidad la bandeja sobre la mesita de estilo francés, cuya madera de nogal era bellamente cruzada por impresionantes vetas. Luego, en silencio, dio media vuelta, desapareció por la misma puerta por la que minutos antes había entrado y la dejó cerrada.

Con un gesto de aburrimiento, Jacob volteó el rostro y clavó otra vez la mirada en la chimenea. Las llamas, danzarinas feroces, parecían burlarse de él, se contoneaban de manera incoherente ante sus ojos como si trataran de escarnecerlo por la equivocación.

Victoria Harris, la bella e intrigante Victoria, pensó. Reprimió una oleada de frustración al tiempo que profería una prolongada y fuerte exhalación.

Aquello era lo último que necesitaba, se dijo, y no precisaba abrir el sobre para conocer al dedillo el contenido. El solo hecho de haberlo recibido allí, en High Hill House, indicaba sin

lugar a dudas que su bien dispuesta y absorbente amante, la tierna esposa del casi decrépito lord Norman Harris, ya estaba al tanto de su presencia en Londres. Las noticias volaban, no había duda, se dijo a sí mismo con irritación. Estaba en Inglaterra, no en Nueva York o en Virginia. Todos parecían formar parte de un patético y lóbrego club consagrado al rumor.

Se puso a imaginar excusas sensatas e irrefutables. Debía hallar algún buen pretexto para mantener alejada a la caprichosa y endiablada mujer, ya que, sin duda, trataría de coincidir con él en alguno de los numerosos eventos a los que, a buen seguro, se vería forzado a acudir.

—Dichosa mujer —murmuró en voz baja. Asió con dedos firmes la carta y depositó la copa sobre la mesita. Una vez abierta le echó un rápido vistazo, la arrugó entre las manos e hizo con ella una bola que no superaba el tamaño de un puño. Acto seguido la arrojó a la chimenea, para después contemplar con deleite cómo el fuego daba buena cuenta del mensaje.

Era consciente de que el *affaire* con la mal llamada dama no había sido más que un enorme y grave error. Lo había intuido desde el mismo día en que fueron presentados, hacía ya algunos años. Había sido en una de sus breves estancias en Londres. Sin embargo, tras semanas de intenso acoso, de mensajes secretos y encuentros premeditados, se había dado por vencido. Más tarde reconocería que ningún hombre, caballero o no, era totalmente inmune a una insistencia tan descarada. La distancia que lo retenía al otro lado del océano había logrado que el interés del vínculo no cayera en picada inmediatamente. Pese a todo, estaba decidido a terminar con la decepcionante relación aunque, como de costumbre, trataría de hacerlo de la manera más sutil y discreta posible.

Había disfrutado de las atenciones de numerosas damas durante los últimos años: Ivette, Luisa, Carla y otras. Ni siquiera se había molestado en recordar los ilustres apellidos de las in-

glesas o los de las estadounidenses, ya que simplemente se había tratado de un juego, de un pasatiempo tanto para él como para ellas. Una diversión que siempre acababa tan rápida y fugazmente como había comenzado.

Sin embargo, Victoria Harris se negaba a concluir una historia que estaba predestinada al ocaso desde el comienzo. Le enviaba mensajes tan licenciosos que no parecían surgidos de la pluma de una dama; trataba de coincidir con él, e incluso en más de una ocasión había llegado a invitarlo a la villa de verano que el marido poseía cerca de la abadía de Westminster.

Jacob se incorporó con la intención de retirarse a los aposentos y apuró el contenido de la copa de un solo trago. Los últimos dos días en High Hill House había visitado los campos y puesto al día los libros de cuentas y se encontraba en verdad exhausto. El problema de Victoria requería mucha concentración. Por lo tanto, para hallar una salida eficaz a la complicación, necesitaba estar descansado. Le vendría bien dormir un poco, ya que pronto amanecería y con el nuevo día llegarían los numerosos compromisos en los que lo había embarcado Bradley.

El marqués echó un último vistazo alrededor. El olor a tinta y a cuero le recordó que hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de la lectura de los maravillosos libros que aguardaban apiñados con orden en las altas y suntuosas estanterías de roble y palosanto.

Era reconfortante estar de nuevo en casa, pensó antes de dirigirse a la puerta. En cuanto la abrió, Frederick, como de costumbre, apareció de súbito.

—Jamás te lo he hecho saber, pero odio que hagas eso —reprochó con mordacidad al mayordomo mientras asía el candelabro de plata que el hombre portaba en la mano.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó el anciano enarcando una ceja plateada.

—Aparecer de la forma en que lo haces —apostilló Jacob. Se acercó a él y agregó—: parece estar siempre aguardando tras las puertas.

El viejo de ojos azules y nariz afilada permitió que una suave sonrisa le apareciera en el rostro antes de responder:

—Forma parte de mi trabajo, milord —explicó, y se apresuró a aferrar la chaqueta Eton de algodón que Jacob trataba de quitarse.

—¿Tu trabajo? —inquirió él cuando logró liberar los brazos de las mangas.

—Así es, señor. Mi trabajo es estar atento a todo lo que mi patrón necesita en cada momento. ¿No es eso lo que se espera de un buen mayordomo, milord?

Sorprendido ante tan audaz respuesta, Jacob alzó las cejas y le devolvió la sonrisa. El hombre, que prestaba servicios en High Hill House hacía ya más de tres décadas, se tomaba muy en serio sus funciones y deberes como mayordomo, y también guardaba con celo la intimidad del patrón y todo lo que pudiera concernirle. Una cualidad muy valorada, pues era de sobra conocido el acérrimo interés que provocaban las murmuraciones entre los aristócratas. Siempre había un chisme circulando en los salones de Londres. Un acierto en el protocolo o el olvido de una mera pauta de decoro podían encumbrar a un hombre a lo más alto o, por el contrario, sepultarlo de por vida en el infierno del rechazo. Y si las habladurías eran originadas por el dudoso comportamiento de una dama, mejor no imaginar el torbellino de repercusiones que podían sucederse. Incluso su familia, libre o no de pecado, podía verse precipitada al mismísimo abismo de la deshonra.

—Como siempre, tienes razón, Frederick —admitió Jacob con una sonrisa suspicaz—. Así pues, me abstendré de discutir el tema contigo.

—Agradecido, señor —respondió el mayordomo y subió con tranquilidad por la escalinata de mármol que conducía a los dormitorios y habitaciones ubicadas en la planta superior.

Jacob, con el fuerte antebrazo apoyado sobre el pasamano de roble, lo observó con atención antes de subir tras él. Frederick contaba ya con setenta y tres años, una edad más que respetable para un valet. Del color rubio que antaño le cubría la cabeza apenas quedaba el recuerdo. Sin embargo, todavía se mostraba tan jovial y ágil como siempre lo había recordado. Por supuesto, también era la persona más indicada en quien confiar el buen funcionamiento de High Hill House durante sus largos periodos de ausencia. Por lo poco que había podido constatar durante los dos últimos días, la hacienda y los arrendamientos de los campos marchaban a la perfección. Tal vez no diesen un beneficio extraordinario, pero no se perdía ni un solo penique.

Cuando ambos penetraron en el interior del sombrío y lujoso dormitorio con paredes decoradas en oscuros tonos verdes, Frederick lo sorprendió con una inesperada pregunta.

—Y dígame, milord, ¿cree que conoceremos pronto a una nueva señora Carrington? —Lanzó una fugaz mirada al señor con el rabillo del ojo, antes de continuar—: si me permite el atrevimiento.

—Por cierto es un atrevimiento —respondió el marqués y apoyó el hombro en el robusto dosel que ornamentaba el lecho—. Pero, si tanto te interesa, te responderé que no, al menos por mi parte. Estoy demasiado tranquilo en estos momentos como para enredarme con semejantes naderías.

—Lo lamento, milord —se excusó el mayordomo, al tiempo que colgaba la chaqueta en el armario correspondiente.

—No tienes por qué lamentarlo. Puedes preguntar cuanto desees, siempre que quieras.

—¡Oh! —exclamó, y abrió de súbito los ojos—. Si me permite la observación, me temo que milord no me comprendió

bien. No lamento mostrar interés sobre ese tema en particular, señor. Lo que siento en profundidad es que estas cuestiones le parezcan a usted naderías. —Hizo una ligera reverencia con la cabeza antes de agregar—: tenga buenas noches, milord.

Con la misma calma con la que había entrado, abandonó el dormitorio. Dejaba detrás a su patrón boquiabierto e infinitamente desconcertado.

No cabía duda de que, pese a ser un hombre de pocas palabras, el mayordomo poseía una lengua mordaz y una mente igual de perspicaz. Si no hubiera dedicado su vida a tan digno oficio, tal vez podría habérsela ganado de maravilla como político. Cualidades e inteligencia no le faltaban, por cierto.

Un minuto más tarde, lord Carrington se percató de que aún continuaba inmóvil en el mismo sitio, con la mirada clavada en la puerta por donde había desaparecido el hombre. Sacudió la cabeza y comenzó a reír con fuerza.

Por lo visto, le aguardaban unos días por demás interesantes, se dijo al tiempo que se aproximaba a la chimenea. Lanzó otro leño al interior, endureció la mandíbula y se encogió de hombros presa de un ataque de frío.

—¡Maldito clima del demonio! —juró en voz alta.

Se deshizo de las botas Wellington de caña alta, las arrojó a un lado, se dejó caer sobre el mullido colchón de plumas y se abandonó sin más preámbulos en brazos de Morfeo.